

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY

**CARTAS DE UN NAVIERO
EN TIEMPOS DE NERÓN**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2011

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1770-3
Depósito legal: S. 1096-2011
Impreso en España / Unión Europea
Gráficas Varona S.A.

EXORDIO

Jamás imaginé que mi amado padre, Tito Antistio Céler, muriera en mis brazos.

Cinco años atrás, la compañía naviera me destinó a Cesarea de Mauritania, en la costa mediterránea, para que me hiciera cargo de la organización de barcos y mercancías en aquel puerto africano. Mis jefes de Cartago Nova, en Hispania, donde había aprendido el oficio bajo la atenta mirada de mi progenitor, me comunicaron de manera no oficial que también debía preparar una expedición por la costa lusitana para fundar un almacén central que reuniera mercancías demandadas por la Urbe.

Tras recabar información durante meses, me decidí por el antiguo puerto fenicio de Olissipo, que se asienta en el estuario del Tagus. Sin duda se trataba del lugar ideal; además, el ancho río permitiría transportar con poco coste las materias producidas en las tierras interiores.

Los informes que llegaron a mis manos señalaban que en Lusitania no solo circulaban el oro, la plata y sobre todo los rubíes (*carbunculi*), sino que también podía adquirirse a bajo precio sal, plomo, lana y hasta un tinte llamado «grana escarlata» (cochinilla), que causaría furor en los telares romanos. Ninguno olvidaba que desde tiempos de los cartagineses eran muy apreciados los caballos del lugar, que por su belleza y fama se venderían sin dificultad.

Pero, más que nada, el puerto de Olissipo sería una base logística desde la que continuar extendiendo el comercio marítimo por las costas del océano Atlántico, de tanto interés para el futuro del Imperio. En el norte, el oro abundante y la plata de Callaecia y Asturia se exporta por vía terrestre, ya que este medio resulta más seguro y controlable; pero el rico mineral de hierro de Cantabria, así como su plomo y su cobre, y mucho más allá el estaño de Britania y la Galia, requieren un transporte marítimo que debe potenciarse. Pero especialmente la apertura allí del comercio a gran escala nos va a permitir llenar el mercado de aquellas provincias, así como el de las dos Germanias a través del Rin, de toda clase de productos mediterráneos, de los que están sedientas las nuevas y ya pujantes ciudades de esas lejanas tierras.

Dada la trascendencia de la empresa, decidí sumarme a la expedición y realizar yo mismo las gestiones destinadas a fundar la base comercial. Tras una feliz travesía y los pertinentes contactos, comprobé que se daban las condiciones propicias para iniciar el negocio. Cargué la nave con distintas mercancías y nuestro maestro puso rumbo a Roma, previa escala en Gades y en Cartago Nova, donde aprovecharía para informar en persona a mis superiores.

Dos semanas más tarde, gracias a la protección de Hércules en el paso por sus columnas, arribamos a Cartago Nova. Nada más desembarcar, presenté un sencillo informe que había redactado durante el viaje y me dirigí a la mansión de mi familia. La sorpresa que pensaba dar a mi padre y hermanos se trocó en pesadumbre cuando hallé agonizando en su lecho a mi progenitor. Una enfermedad repentina había causado estragos en su salud y anunciaba el inminente final.

Las tristes jornadas transcurrieron entre las oficinas de la naviera y la casa paterna. Una tarde que la fiebre pareció remitir, mis hermanos y yo fuimos convocados con urgencia por nuestro padre. Con voz fatigada solicitó al esclavo que le hacía de secretario que trajera la arqueta donde guardaba el legado que yo, como primogénito, debía custodiar. Apenas recuerdo sus últimas palabras, que ahogaban la emoción y los sollozos. Simplemente mencionó con gratitud a nuestra madre y nos manifestó su cariño a cada uno.

Cuando exhaló su último aliento, le cerré los ojos e introduje una moneda bajo su lengua. Mientras tanto, dábamos voces y gritos rituales para asegurarnos de que, en efecto, estaba muerto y no que simplemente hubiera perdido el sentido, pudiendo retornar al mundo de los vivos.

No mucho después, vi que entraba en la estancia una esclava portando distintos útiles de aseo. Mi hermana desnudó y lavó el cadáver con respeto y delicadeza, para vestirle luego la toga viril. Entonces el esclavo me acercó la cera fundida y tuve el honor de sacar la mascarilla del rostro de mi padre, que más tarde guardaría junto a los dioses familiares.

La noticia del fallecimiento se transmitió entre los conocidos de la ciudad, en especial entre los compañeros y trabajadores del puerto. Decidimos que el cadáver fuera expuesto sólo un día para permitir darle el último adiós. No puedo por menos de recordar cuánto me extrañó que mi hermana mostrara disgusto cuando contraté a las plañideras. Ella, por su parte, oraba en silencio acompañada de varias personas desconocidas para mí. Tampoco le agradó la posibilidad de que nuestro padre fuera incinerado.

A la noche siguiente tuvo lugar el traslado de los restos mortales. Todos los acompañantes portaban antorchas, me-

nos quienes llevábamos a hombros el ataúd. Un esclavo nos precedía quemando incienso y azafrán. Tras cruzar la puerta de la ciudad, la comitiva se detuvo ante el sepulcro. Allí pronuncié una sentida oración fúnebre y, a continuación, enterramos la urna con las cenizas. Sobre la tumba se erigió un pequeño monumento con una estela. En ella, alguien de la familia había mandado grabar un ancla que, según creo, evocaba la vida dedicada al mar de nuestro progenitor. El texto de la inscripción funeraria decía así:

D. M. S. T. Antistius Celer, Caii f. Vixit ann. LVII. h. s. e.
s. t. t. l. f. patri p. c.

[Consagrado a los dioses Manes. T. Antistio Céler, hijo de Cayo. Vivió 57 años. Aquí yace. Que te sea leve la tierra. Los hijos se preocuparon de erigirlo a su padre].

Mi hermana me expresó su deseo de añadir, aunque fuera ya de la cartela, una sencilla palabra: «Pax». Ignoraba sus razones, pero no me opuse a ello.

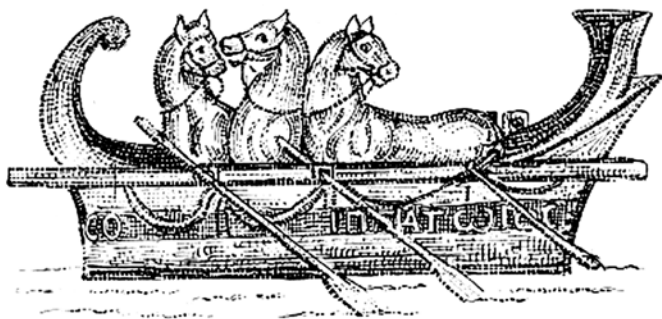
Los días siguientes apenas pudimos descansar. Hubo que purificar la casa y ordenar las pertenencias de nuestro padre. También tuve que llevar el testamento al recaudador de los impuestos en compañía de varios testigos. En su presencia procedió a la lectura pública y se realizó una copia para los archivos de la ciudad. Como heredero, me encargué de pagar los impuestos que correspondían e informar a los distintos beneficiarios de los bienes.

Era ya de noche cuando regresé a la casa. Tomé un sencillo refrigerio y me decidí a abrir la arqueta que me había legado mi querido padre. De inmediato llamaron mi atención una serie de papiros que se revelaron como cartas recibidas desde Corinto y copias de las que a su vez mi padre había enviado. Su ordenación por fechas me permitió comenzar

una lectura sistemática, pero de inmediato comprobé que las copias resultaban ilegibles en determinados lugares y que en otros había frases incompletas que al escribiente le bastarían para recordar la idea. Tanto me cautivó su lectura que tomé la absurda resolución de visitar en Corinto a Sexto Terencio Hermetiano, el destinatario de la correspondencia, para copiar correctamente las cartas de mi padre. Pensé ingenuamente que esta era una forma de conocerlo mejor, a la vez que de informar a su confidente de la triste pérdida.

El proyecto repentino contaba con la circunstancia propicia de la partida hacia Roma de la nave que portaría a Ostia una selección de las mercancías de Lusitania. Además, no sería difícil encontrar otra nave que me llevara a Corinto en esta época del año.

Mis familiares asistieron sorprendidos a mi decisión, pero rogaron a los dioses familiares y al Padre de los Mares que protegiera la arriesgada travesía.



ÍNDICE

<i>Exordio</i>	5
----------------------	---

EPISTOLARIO

I. COMERCIANTES Y FRUMENTARIOS	11
1. Desde Cesarea Marítima en Judea	13
2. Desde Corinto	17
3. Desde Cesarea Marítima	19
4. Desde Corinto	23
5. Informe confidencial	25
6. Desde Cesarea Marítima	35
7. Informe sobre el judío llamado Cristo, fundador de la secta de los cristianos	39
8. Desde Corinto	45
9. Desde Cesarea Marítima	49
10. Informe sobre los cristianos en Judea	57
II. VIAJES POR MAR	69
11. Desde Corinto	71
12. Desde Cesarea Marítima	73
13. Desde Corinto	81
14. Desde Cesarea Marítima	85
15. Desde Corinto	93
16. Desde Cesarea Marítima	97

III. UN TAL PABLO DE TARSO	103
17. Desde Cesarea Marítima	105
18. Desde Corinto	113
19. Desde Cesarea Marítima	117
20. Desde Corinto	123
IV. HASTA LOS CONFINES DEL ORBE	133
21. Desde Cartago Nova	135
22. Desde Corinto	153
23. Desde Cartago Nova	161
<i>Epilogo</i>	169

ANOTACIONES DEL AUTOR

1. Coordenadas históricas	173
2. Aclaraciones históricas a cartas e informes	177
3. Citas bíblicas y literarias	193
4. Nota final aclaratoria	197
5. Cronología	201
6. Bibliografía orientativa	203